

ANTONIO CAVANILLAS DE BLAS: UNA NUEVA FÓRMULA PARA LA NOVELA HISTÓRICA

DAN MUNTEANU COLÁN
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

En el actual panorama literario, caracterizado por la invasión de las novelas (seudo)históricas, que, a veces, ni siquiera tienen una base real, y dejan al margen la investigación, las novelas de Cavanillas ocupan un lugar aparte porque: tratan sobre personajes y acontecimientos reales; están bien documentadas; utilizan una fórmula que combina la narración en el tiempo real con recuerdos o fragmentos de correspondencia o diario personal, ampliando así la dimensión temporal y espacial; y tienen una estructura de *bildungsroman*/novela picaresca centrada en temas fundamentales, de dimensión universal humana.

ABSTRACT

At the present-time literary panorama, characterized for the invasion of (pseudo)historical fictions, that, sometimes, don't have a real base, and let aside the investigation, Cavanillas's novels hold a separate place because: they have to do with real characters and events; they all are accurately documented; they use a formula that joins the narration in real time with memories or pieces of correspondence or personal diary, enlarging thus the temporal and spatial dimension; and they have *Bildungsroman*/picaresque novel's structure focused in fundamental themes of universal human dimension.

Para poder situar, definir y valorar con cierta objetividad, dentro de las afinidades individuales subjetivas, la narrativa de Antonio Cavanillas de Blas, creemos necesario recordar las tendencias que se han ido imponiendo en la literatura española y universal de los últimos años.

A partir de la década de los noventa, aproximadamente, se constata una auténtica explosión de la narrativa con argumentos históricos, pseudo-históricos, policíacos o de aventuras. Basta con echar una ojeada a las estanterías y los escaparates de las librerías para observar que la afirmación no es gratuita, y que el gusto del gran público va en esta dirección. La proximidad en el tiempo y la consecuente falta de distanciamiento que confiere la necesaria objetividad hacen difícil un análisis de las causas del fenómeno. Sin embargo, se puede intuir una especie de vuelta hacia los ideales humanistas, de evasión hacia la espiritualidad, o hacia otros universos posibles, reales o imaginarios, en un mundo cada vez más dominado por la alta tecnología, la informática y la globalización. ¿Estamos, tal vez, ante los inicios de una nueva orientación, de un neoromanticismo, como reacción a la realidad apabullante? Es difícil pronunciarse de momento; la historia literaria se encargará de explicarlo seguramente a su debido tiempo. Lo que sí, podemos destacar sin temor a equivocarnos, es la impresionante heterogeneidad dentro de esa tendencia homogénea, y, particularmente, la convivencia de las novelas históricas auténticas, pretendidas históricas y pseudo-históricas. Además, en muchos casos, las pretendidas novelas históricas se presentan al lector como claves a cuestiones relevantes, trascendentales, concernientes sobre todo, a la Antigüedad, los albores del cristianismo, o varias misteriosas sociedades secretas como el Priorato de Sión, los Templarios, los Masones, cuando, en realidad, son novelas de ficción, algunas excelentes, cuyos autores imaginan una historia posible que, a veces, ni siquiera tiene una base real, y dejan al margen la investigación. Lo que en muchos casos produce confusión entre los lectores, que llegan a dar crédito a los hechos narrados y certificado de autenticidad a la narración.

Antonio Cavanillas de Blas, médico y novelista de reciente aparición en el firmamento de las letras españolas contemporáneas, nos propone una nueva fórmula de novela histórica. Y tiene el valor de escribir novelas históricas auténticas. El propio autor ofrece su visión acerca de la novela histórica en sendas “Notas a manera de epílogo”, especie de clave para el lec-

tor, que acompañan dos de sus novelas: “Se mezclan en mi trabajo, como en cualquier novela histórica, datos ciertos con otros aleatorios libremente interpretados” (*El prisionero de Argel*) [...] “es historia novelada donde realidad y ficción andan entreveradas” (*El médico de Flandes*).

En las novelas de Cavanillas son reales no sólo sus protagonistas y algunos personajes secundarios, sino también los grandes acontecimientos que marcan la época descrita, el ambiente local y temporal, así como los detalles necesarios para recrear escenas pasadas y situar al lector en el tiempo y el espacio: trajes, costumbres, tradiciones y, no en último lugar, modo de hablar.

Apasionado por la historia –prueba de ellos son sus novelas, en las que da nueva vida a Andrés Vesalio, el enigmático médico personal de Carlos V y Felipe II (evocado de modo encomiástico también en las páginas de su última novela, *El prisionero de Argel*), tributo respetuoso de un discípulo de Esculapio a un ilustre antecesor (*El médico de Flandes*); o a Salustiano de Olózaga, famoso político contemporáneo de Fernando VII, María Cristina e Isabel II (*El león de ojos árabes*)–, Cavanillas centra su atención en *El prisionero de Argel* en un personaje tan emblemático como Miguel de Cervantes Saavedra y en una de las más brillantes épocas de la historia española, el Siglo de Oro, con sus grandezas y miserias.

Los tres protagonistas están marcados por el mismo sino: nómadas, impenitentes mujeriegos, conocerán los honores y la grandeza, la ruina y las prisiones. Cervantes, sin embargo, aventaja a los otros porque, más allá de ser el más grande escritor español y, quizás, universal de todos los tiempos, se convirtió ya en vida en personaje literario. Y no podía ser de otro modo. “Si alguna vida se presta a la elucubración, la de Cervantes está en la primera línea” –afirma Cavanillas acertadamente en las “Notas...” mencionadas. Porque su vida fue una auténtica y continua aventura, encajada perfectamente en la España de la fabulosa aventura de los Austria: batallas, amores, duelos, placeres, prisiones, penurias, cautiverio. Como si tuviese un presentimiento de que iba a convertirse en protagonista de infinidad de obras –biografías, estudios literarios e incluso obras musicales–, Cervantes se vuelve su propio personaje: se sitúa a sí mismo, con el inequívoco nombre de Saavedra, entre los cautivos de los baños en su comedia *Los tratos de Argel* (aprox. 1580), o nos deja su retrato en la boca

del barbero del pueblo en *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*: “Muchos años ha que es grande amigo mío esse Cerbantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos”.

Ante la multitud de títulos sobre Cervantes publicados hasta la fecha, cabe preguntarse si un nuevo libro sobre el genio puede seguir despertando el interés y aportar algo nuevo. Y la respuesta lógica es: depende de cómo está escrito.

Las novelas de Antonio Cavanillas de Blas llevan el inconfundible sello de su autor, en cuanto a estructura, construcción, estilo y lenguaje. El contrapunteo entre el presente narrado en epístolas o fragmentos de diario y los recuerdos del narrador-protagonista de los episodios más destacados de su propia vida, con las inherentes reflexiones sobre los mismos, constituyen un magnífico y novedoso armazón para una novela histórica, con gran aceptación por parte del lector.

Cavanillas utiliza el mismo esquema en *El médico de Flandes* y *El prisionero de Argel*. En la primera novela el protagonista es Andrés Vesalio. El personaje elegido por Cavanillas es emblemático y representativo de la época. Fue el último de cinco generaciones de médicos que sirvieron a los Habsburgo, apasionado investigador, cuyas célebres polémicas científicas eran conocidas en todos los ambientes cultivados de Europa, pionero de la sanidad hospitalaria, contemporáneo de las grandes figuras de la medicina europea del tiempo, como Ambroise Paré o Daza Chacón, entre otros, y amigo o compañero de pintores, escultores, arquitectos, músicos y otras personalidades: Tiziano, Tintoretto, Lucas Cranach, Correas de Vivar, Antonio de Cabezón, Ignacio de Loyola, Miguel Servet, Jean Calvino o Philipp Schwarzerd Melanchthon.

Andrés Vesalio, “el médico de Flandes” narra su propia vida, con sus tribulaciones y gozos, que le ofrece la oportunidad de conocer ambientes varios, desde emperadores hasta científicos o gente sencilla de la calle. Al mismo tiempo, las andanzas del protagonista se constituyen en una auténtica escuela en la que se aprende la gramática parda de la vida.

El relato en tiempo real de la vida de Andrés Vesalio abarca cinco años, desde 1559, cuando fue nombrado médico de Felipe II, hasta su muerte en circunstancias no aclaradas todavía, en 1564. Sin embargo, los recuerdos, las digresiones históricas sobre lugares y personajes, las cartas

del protagonista que se mezclan con los fragmentos de su diario amplían mucho más la dimensión temporal y la equiparan a la dimensión espacial. Porque Vesalio recorrió, prácticamente, toda Europa –Países Bajos, Bélgica, Francia, Alemania, España, Italia, Grecia– y el Oriente Próximo y describe con minucia sus viajes: paisajes, ciudades, gentes, con incursiones en la historia, las tradiciones y las costumbres de los lugares visitados.

En la segunda novela, *El prisionero de Argel*, la utilización del mismo esquema es más justificada aun, a nuestro juicio, ya que se sabe a ciencia cierta que el genio de Alcalá escribió desde su cautiverio argelino varias cartas a familiares, amigos y a algunos personajes destacados de su época. Como también se sabe hoy día que algunas epístolas, como la dirigida a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, de la que el propio Cervantes incluye un fragmento en su comedia autobiográfica antes citada, son falsas.

La acción de la novela transcurre, a primera vista, entre 1576 y 1580, pero, en realidad, abarca un período mucho más largo. Porque, como hemos dicho, el discurso narrativo se desarrolla sobre dos planos que se entretajan y se completan: el de las cartas, y el de los recuerdos del cautivo –especie de autobiografía novelada del narrador-protagonista, Cervantes-Cavanillas. Cada plano propone distintos parajes de dimensiones espacial-temporales.

En el de las cartas, el autor se limita a un período marcado con precisión: “cinco años y veintiocho días con sus noches”, cuanto duró el cautiverio del escritor-soldado en Argel. Sin embargo, este tiempo se alarga y diluye necesariamente, debido a los recuerdos que el autor de las cartas evoca en las mismas, a veces, por nostalgia (las figuras de la madre, el padre, las hermanas); otras veces, la mayoría, para recordar a los destinatarios las circunstancias en las cuales los conoció, y los méritos militares del remitente.

El espacio está también muy bien delimitado: la ciudad y las mazmorras; pero también se diluye gracias a los recuerdos del período italiano. En la mayoría de las misivas, el protagonista narra sus tribulaciones en la cárcel, la vida de Argel, sus intentos de fuga y los consiguientes castigos, describe a algunos personajes como Rodrigo, su hermano, Hasán el Veneciano, los frailes Antonio de Sosa y Miguel de Aranda, o a su amante y benefactora Zoraida.

El desarrollo temático en el plano epistolar es parcialmente iterativo por las exigencias de la narración. Existe, sin embargo, una progresión in-

terior que refleja el estado de ánimo del narrador-protagonista, desde la relativa serenidad de los primeros meses de cautiverio y la confianza en la liberación, pasando por la indignación y la rabia ante la indiferencia de las personas a las que pide ayuda, hasta el fatalismo y la resignación. A medida que pasa el tiempo, el valiente soldado se acostumbra a la idea de su suerte, a la vez que se da cuenta que su verdadera vocación no es la militar sino la literaria. Esta decisión, que, dentro del fatalismo, encierra cierta esperanza, fusiona con la felicidad de la liberación y marca el inicio de una nueva etapa en la vida del personaje, que no contempla la novela.

El plano de los recuerdos-autobiografía es mucho más amplio. La dimensión temporal coincide con la vida del narrador-protagonista, que cuenta su historia desde el día en que nació, hasta su liberación, es decir, un período de treinta y tres años. Gracias, no obstante, a las digresiones del mismo, como el esbozo histórico de la ascensión del Imperio otomano en Europa, la rememoración de los años napolitanos de Juan de Valdés, y otras, el tiempo narrado llega a abarcar más de un siglo.

La dimensión espacial-geográfica es también amplísima: España, Italia, Grecia, Argelia. Cervantes recorrió y conoció en su infancia y juventud media España: Alcalá, Valladolid, Sevilla, Madrid, Zaragoza, Lérida, Barcelona, así como, más tarde, Roma, Lepanto, Argel. Cervantes-Cavanillas viaja por toda Italia, desde Milán hasta Sicilia, pasando por Nápoles, Mantua, Venecia o Rimini, por las costas adriática y tirrena, y navega por el Mare Nostrum, como pudo haber hecho perfectamente el creador de *El Quijote*.

Las confesiones –en el plano epistolar y en el plano de los recuerdos– confluyen en un magnífico *crescendo* a lo largo de la novela, para fusionar en el desenlace feliz, anunciador del nacimiento del magno escritor. A lo largo de los recuerdos, Cavanillas introduce con discreción, elegantemente, en boca del narrador-protagonista Cervantes, interesantes opiniones sobre los regímenes políticos, la necesidad de la convivencia entre los diversos pueblos de España, o la situación y la vida de las mujeres en la época. Pero también ofrece interesantes datos sobre las lecturas de Cervantes en sus años jóvenes y la etapa italiana, juicios personales e interesantes opiniones sobre varios aspectos de la vida social y cultural.

El prisionero de Argel es, en nuestra opinión, un *bildungsroman* en el más estricto sentido de la palabra, cuyo tema fundamental, de dimensión universal humana, es la búsqueda de la libertad, en el sentido recto y figurado, que

acompaña el devenir del protagonista. Y es, a la vez, una confesión que empalma con la auténtica novela picaresca. El narrador-protagonista recorre la geografía mediterránea, tiene varios empleos, se mueve en ambientes distintos, desde los humildes hasta los más aristocráticos, conoce a una multitud de personas diferentes, y tiene un sinfín de aventuras amorosas. A nuestro juicio, este recorrido por el mundo es, en realidad, también una ansiosa búsqueda de la propia identidad del protagonista, de su destino y trayectoria, del camino hacia la liberación de las cavilaciones, del propio cautiverio interior, tema generoso, de valor universal. Como en la otra novela de Cavanillas, *El león de ojos árabes*, en la cual el narrador-protagonista, Salustiano de Olózaga, al contar su vida, desde sus primeras aventuras amorosas hasta sus misiones en tiempos de Fernando VII, María Cristina e Isabel II, nos deja ver cómo se va moldeando su propia personalidad en función de los acontecimientos, los ambientes y las personalidades que le marcaron.

Las andanzas del narrador-protagonista Cervantes son para Cavanillas un excelente pretexto para crear, a través de un lenguaje muy rico, vívido, levemente arcaizante, una sucesión de escenas vivas, llenas de colorido y autenticidad, que se constituyen en un inmenso fresco, un sugestivo panorama de la época.

En *El prisionero de Argel* abundan las descripciones en el más auténtico estilo romántico. Descripciones de ciudades visitadas, con breves incursiones en su historia, tradiciones y costumbres –destacan, en nuestra opinión, las de Sevilla– y, de paso, América, ante cuyas maravillas contadas y no vistas, la reacción del narrador-protagonista es idéntica a la de Bernal Díaz de Castillo; las de Madrid y su Corte, Barcelona, Roma con sus fiestas, Florencia, Venecia, Mantua y sus orgías. Descripciones de personajes reales de aquel tiempo –y no podemos dejar de mencionar el retrato de don Juan de Austria, de algunos papas, o el excelente del propio Cervantes–, pero también de personajes ficticios, como las mujeres amadas por él, la meretriz de Sevilla, Higinia, la viuda, entre los que destaca el retrato de Antonella Gonzaga, todos tan vivos como los de los frescos de Andrea Mantegna que contemplaría Cervantes en Mantua. Y, finalmente, la descripción de la vida militar, las galeras, los galeotes y su ambiente, y, sobre todo, la batalla de Lepanto, auténtica obra maestra por la manera en que convierte la seca información de las crónicas en un cuadro de una impresionante autenticidad.

dad, en el que parecen oírse el estruendo de la batalla o los gritos de los heridos, y olerse el mar, el sudor o la pólvora.

Al proyectar la luz creadora sobre los personajes y la realidad, Cavanillas no falsifica, ni esquematiza: no existen buenos y malos, miseria y felicidad, blanco y negro, mundos opuestos y enfrentados. Los personajes que se mueven en sus novelas son complicados, complejos, con cualidades y defectos, con vacilaciones e incoherencias, con caídas y resucitaciones. El mundo en que se mueven tampoco es artificial, sino todo lo real posible, con justicia e injusticia, equidad e inequidad, pobreza y bienestar.

Cavanillas asombra por su capacidad de integrar en sus novelas reflexiones sobre arte, literatura, religión, política, medicina, el amor, las mujeres; o pensamientos, aforismos, soliloquios, monólogos interiores e incluso fragmentos de ensayo. Es éste uno de los grandes méritos del narrador. Buen conocedor del mecanismo de la construcción y composición épicas, el novelista logra fundir en el discurso narrativo todos estos elementos, ofreciéndole al lector un conjunto perfectamente unitario y armonioso. Sin embargo, sus novelas no son sofisticada, de difícil lectura, destinadas a una minoría de elegidos, a una elite intelectual sino todo lo contrario. Cavanillas tiene el don de dosificarlo todo con un magnífico sentido de la proporción, con alguna que otra pincelada de humor, en un estilo ameno y un lenguaje cautivador.

La fórmula de novela en la que los acontecimientos del presente narrado se entrelazan con sucesos ocurridos tiempo atrás no es un hallazgo de Cavanillas. Es uno de los recursos de la narrativa moderna del siglo XX y está presente en los grandes escritores del *boom* americano, o en los llamados “brillantes segundos”, como Roa Bastos o Vázquez-Bigi. El mérito de Cavanillas de Blas es haberla aplicado a la novela histórica. Lo que le permite abarcar amplias dimensiones temporales y espaciales y ofrecerle al lector escenarios variopintos y atractivos en los que sitúa a sus personajes.

En el heterogéneo panorama de la literatura contemporánea, nacional e internacional, y, particularmente, en el más restringido ámbito de la novela histórica o seudos-histórica a la que nos hemos referido, Antonio Cavanillas de Blas ocupa un lugar singular. Desde el punto de vista de la temática abordada en sus novelas, en perfecta consonancia con las coordenadas temporales y espaciales, sus novelas quedan al margen de los esquemas corrientes de la novela (seudo) histórica española, europea y norteamericana-

na. Desde el punto de vista de la arquitectura, estructura, composición y expresión, Cavanillas adopta con originalidad y personalidad un sistema narrativo comprobado y crea así una fórmula de novela histórica nueva y moderna, personal, inconfundible, ganándose por méritos propios un lugar privilegiado entre los escritores españoles contemporáneos.